

AUYERO, Javier y BERTI; Ma. Fernanda, *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*, Buenos Aires: Editorial Katz, 2013. 174 páginas. ISBN 978-987-156-67-54
 Ocihingred Frazao Borges y Paula Guinder
 Estudios del ISHiR, 18, 2017, pp.221-224. ISSN 2250-4397
 Investigaciones Socio Históricas Regionales, Unidad Ejecutora en Red – CONICET
<http://revista.ishir-conicet.gov.ar/ojs/index.php/revistaISHIR>

Reseña/Review

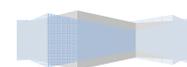
AUYERO, Javier y BERTI; Ma. Fernanda, *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*, Buenos Aires: Editorial Katz, 2013. 174 páginas. ISBN 978-987-156-67-54

Ocihingred Frazao Borges (Universidad Nacional del Comahue)
Paula Guinder (Universidad Nacional del Comahue)

Hoy en día, que está continuamente en boga la cuestión de la inseguridad, resulta de fundamental importancia informarnos de la mano de académicos que profundicen dicha problemática. Acordamos con Javier Auyero y María Fernanda Berti, los autores del libro *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*, que la violencia la sufren, en mayor medida, los habitantes de los barrios relegados de las ciudades, en contraposición a lo que plantea muchas veces la clase media o alta, quienes se auto-perciben como principales víctimas de la “inseguridad”. Esta violencia en los márgenes urbanos se vuelve cotidiana, se acepta su presencia y se lleva a cabo como práctica para resolución de conflictos. Según los autores, se vuelve una experiencia negada, silenciada, ya que dicha cotidianeidad la “naturaliza”. El libro aquí reseñado tiene la intención, entre otras cuestiones, de resaltar sobre las formas actuales de la violencia en los márgenes urbanos y sus consecuencias de corto y largo plazo.

Antes de avanzar en el análisis del contenido de la obra, vale la pena referirnos brevemente a los autores de la misma. Javier Auyero es profesor de sociología en la Universidad de Texas, Austin. Su trabajo de investigación se centra en temas como la pobreza, la marginalidad urbana, las acciones colectivas y la etnografía. Es autor, entre otras obras, de *La política de los pobres*, *Vidas beligerantes* y la *Zona gris*. María Fernanda Berti, por su parte, obtuvo su título de maestra en el Instituto Superior de Formación Docente 102 en Banfield (provincia de Buenos Aires) y, desde 2005, ejerce como maestra de escuela primaria.

A partir de un minucioso trabajo de campo en un barrio del Conurbano Bonaerense (Ingeniero Budge, denominado por ellos “Arquitecto Tucci”), los autores llevaron a cabo un análisis de las complejas relaciones de violencia que se desarrollan en los márgenes urbanos. En su investigación, utilizaron fotografías, dibujos, poemas y distintos escritos realizados por los estudiantes de los cursos donde Fernanda dio clases durante el período de la pesquisa. También usaron datos estadísticos, el diario de campo de Fernanda, entrevistas etnográficas, entrevistas al personal de hospitales, escuelas,



pobladores del barrio. Gracias a esta variada gama de fuentes, Auyero y Berti abordan temas tales como la percepción de los residentes en torno a los cambios en el barrio, sus problemas cotidianos, sus instituciones, la presencia de la Policía en sus límites, el funcionamiento de sus instituciones, entre otras cuestiones no menos importantes.

El interés de los autores, en un principio, era analizar el impacto ambiental en los habitantes de estas zonas relegadas. Sin embargo, su foco de interés fue modificado debido a la hiperpresencia de la agresión física en las historias de vida de los niños y niñas del barrio. Esto se corresponde con las principales intranquilidades de la población de los barrios relegados: en primer lugar, alrededor de cuestiones relacionadas con la inseguridad, la delincuencia, las drogas y, en segundo término, las vinculadas con la carencia de infraestructura urbana básica. De esta forma, se evidencia que los sectores marginalizados viven en un peligro que tiene doble origen: el medio ambiente y -lo que ellos denominan- las “cadenas de violencia”. Este último es un concepto novedoso en la medida que relaciona/concatena las violencias de la calle y el hogar, conectando las violencias de la esfera pública con las de la esfera privada/doméstica.

Luego de esta constatación, Auyero y Berti se propusieron iniciar una discusión sobre la violencia en los márgenes urbanos, teniendo en cuenta que ésta es una problemática que afecta a todo el país. Una primera definición de violencia que toman los autores es en un sentido restringido “las acciones de personas contra personas que intencionalmente amenazan, atacan o infringen daño físico” (Reiss y Roth, 1993; Jackman, 2012). A partir de la misma, Auyero y Berto complejizaron y construyeron un nuevo concepto de violencia, entendiéndola como violencia interpersonal. Tal categoría es utilizada para explicar las múltiples violencias que surgen a partir los años '90 tras la profundización de las políticas neoliberales, que comenzaron a amenazar las “democracias existentes”. Lo novedoso, entonces, es el hecho que la violencia ya no es exclusiva de las élites ni de las fuerzas de seguridad. La primacía de la violencia política comienza a ser reemplazada por la violencia social y criminal, que tiene como principal blanco los y las jóvenes y adolescentes de los asentamientos informales.

Tomando distancia de las explicaciones sencillas, Auyero y Berti consideran que el incremento de la violencia está asociado a diferentes factores, entre los que se pueden contar el nivel económico, la heterogeneidad étnica, los grados de movilidad residencial y la interdependencia de redes formales e informales. Pero es la justicia callejera aquel mecanismo que los autores consideran que alimenta la violencia, aunque no sea posible remitir solo a ella para lograr una explicación sobre su origen. Así, la justicia callejera es definida como la “retribución a una disputa anterior por el afectado o por un miembro de un grupo afectado contra la persona o grupo responsable de la afrenta original” (Papachristos, 2009: 81). Y sobre tal definición, los autores distinguen múltiples tipos de violencia: por el territorio, callejera, doméstica, sexual criminal, íntima,

pública, motines, revueltas, política, arbitrariedad policial y paramilitar/parapolicial. A su vez, atribuyen a la violencia múltiples usos y sentidos. Rara vez, dicen Auyero y Berti, carece de significado desde el punto de vista del perpetrador. Siempre que se ejerce, tiene un objetivo: proteger/avanzar sobre un territorio, disciplinar, defenderse, obtener recursos económicos, obtener dominio sobre sujetos, tener un papel de autoridad/jerarquía/ honorífico/ reconocimiento. Asimismo, resaltan que el objetivo del ejercicio de la violencia sobre un ser más débil no es exclusivamente producir miedo, sino que, en algunos casos, la producción del miedo es un medio para evitar un mal mayor, intentando romper lo que es percibido como cada vez más peligroso. Por ejemplo, madres que llaman a la Policía para que se lleven a sus hijos para evitar que los traficantes de drogas les hagan daño.

Así, las causas de la violencia interpersonal se encuentran en parte, en el “cuándo y cómo” la gente la utiliza. Estas diferentes formas no sólo fortalecen ideas particulares de respeto y dominio centradas en el uso de la fuerza física como instrumento, sino que también contribuyen a (re) producir expectativas y jerarquías de género y edad. En resumen, y aquí reside uno de los puntos altos del libro, para entender el significado de las violencias que se perpetúan es necesario realizar un análisis profundo de su “circunstancialidad” o, lo que es igual, de su forma, su contexto, sentido e interconexiones. Otro aporte significativo del libro, que se desprende de su apuesta por una mirada desde los propios protagonistas, es que la violencia se aprende. El proceso de aprendizaje de la violencia no es sólo un “saber cómo”, sino también una inclinación aprendida a resolver conflictos interpersonales por medio de la violencia. Este *know-how* es transmitido como una forma de cuidado y atención. La convivencia cotidiana con la violencia afecta la composición de la subjetividad tanto física como psíquica. Esto trae como consecuencia que se presente la violencia como un “aprendizaje social”: se puede llegar a creer que la agresión es una forma aceptable o eficaz para responder al conflicto y comunicarse, generándose así la transmisión intergeneracional de la violencia. Avanzando en el análisis de la violencia, Auyero y Berti se interrogan sobre su relación con la acción e inacción del Estado: ¿cómo, cuándo y produciendo qué efectos es que el Estado interviene en las disputas de los habitantes de los sectores relegados en los lugares en que éstos viven? O, dicho de forma más simple, ¿cómo se hace presente el Estado en estos espacios relegados? En contraposición a lo que algunos autores afirman como “espacios vacíos de gobierno”, “espacios militarizados”, o “espacios abandonados por el Estado”, los autores afirman que la intervención del Estado existe, pero se trata de una *intermitente, selectiva y contradictoria presencia*. Producto de ello, existen conexiones clandestinas entre actores estatales y perpetradores de la violencia (presencia contradictoria y selectiva), o patrullajes impredecibles y arbitrarios (presencia intermitente). En pocas palabras, el estado, especialmente la policía, colabora con algunos de manera silenciosa; mientras que a otros los reprime de forma pública y ruidosa: esto es lo que los autores llaman

“penalización de la pobreza”. Y los efectos de esta acción intermitente, selectiva y contradictoria no podrían ser más claros: el Estado profundiza el abismo social y simbólico que separa a los residentes de la sociedad que los rodea, generando en Ingeniero Budge un “con (dón) urbano: una malla profiláctica entre poblaciones” (p. 123). En pocas palabras, el Estado no “pacifica” los espacios sociales en los que interviene, sino más bien refuerza las cadenas de violencia, exponiendo a los desposeídos en una situación de constante peligro. Es lo que los autores definen como “el rostro de Jano -dual- del Estado argentino”: el Estado reprime una criminalidad en la que también participa.

A modo de conclusión, consideramos que los aportes de la obra reseñada son valiosos para el análisis de la violencia en los espacios relegados. Afirmamos esto porque los autores no la consideran producto de un comportamiento individual, sino más bien resultado de contextos más amplios, que comienzan en las alturas de la economía y terminan en dinámicas que suceden a escala barrial. Claro que las violencias que se analiza en el libro, no constituyen “violencias subalternas”; es decir, la que se dirige contra el Estado y los poderosos para reconfigurar las estructuras de dominación y reestructurar la situación del sujeto colonizado. Nada más lejos de la realidad. Se trata, en todo caso, de una violencia interpersonal que, en buena medida, se opone a la liberación del sujeto. Es, después de todo, la confirmación de la idea de una “otredad espacial”, estigmatizada y estigmatizante, peligrosa y relegada, apartada y, a la vez, subordinada. Se trata de una forma de violencia comunitaria crónica que, en palabras de Garbarino (1993), produciría un “desastre social” o, lo que es igual, una destrucción de la infraestructura de la vida cotidiana justo en el momento en el que niños y niñas necesitan de estructuras sociales confiables que los reasegure y les ofrezca aspectos morales. Auyero y Berti nos brindan en su obra un claro diagnóstico de las múltiples causas que convergen en el recrudecimiento de la violencia en los márgenes urbanos, pero también nos brindan algunas pistas acerca de cómo - por medio de políticas estatales, reformas en la educación y disminución de la desigualdad- es posible escapar a un escenario ciertamente trágico.

Recibido con pedido de publicación 30/02/2017

Aceptado para publicación 14/07/2017

Versión definitiva 27/08/2017